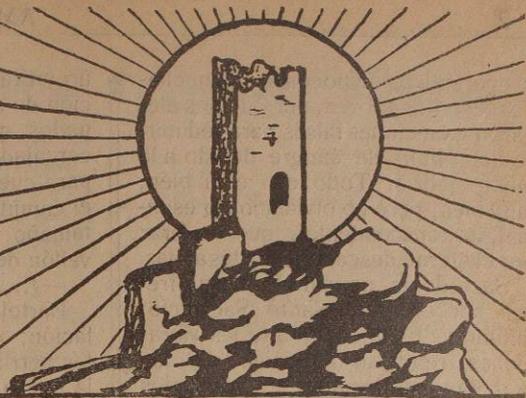


Amor y Esperanza

Periódico - Parroquial-Quincenal



Año II

Alhama de Murcia, Domingo 22 de Noviembre de 1925

Núm. 44

Oremos por las almas de los soldados

Sacerdotes, acudid al altar a ofrecer por ellos el Santo Sacrificio; militares, la bandera de la Patria desciende y se plega hasta besar la tierra en estas horas solemnes y, mientras le rinde honores la guardia formada, hunden el aire las vibraciones religioso-marciales de las cornetas que llaman a oración; hijos todos de esta madre común, España, ¿no oís el doblar quejumbroso de las campanas?. Todo nos llama, nos invita, nos

merías de los campamentos, dando un adiós a los suyos que allá en la patria por ellos rezan y confortados con los consuelos divinos que hace llegar hasta allí la Santa Religión; les he visto expirar abrasados por la fiebre y consumidos por la anemia; les he visto morir con los miembros destrozados, teñido en sangre el escapulario que su madre les pusiera al cuello; les he visto caer en el fragor de la lucha, bajo el plomo ene-

no de un héroe más; pero hay muchos desaparecidos en el ardor de la refriega, muertos a mansalva, traidora, inicuaente, cuyos cuerpos yacen insepultos en los eriales ingratos africanos, a donde no pueden llegar las ambulancias porque el rescate de un cuerpo cuesta muchas vidas preciosas; muchos a quienes las estadísticas no pueden extender (en su officiosa frialdad) el certificado de defunción; muchos que no volverán



Iglesia de Nador, en la zona de Melilla, el día que fué recuperada por las tropas españolas en otoño de 1921

fuerza con atracciones místicas y amables a la oración: *Oremos por las almas de los soldados.*

Ellos ofrendaron su vida por santos ideales; ellos crucificaron su juventud, sus amores, sus ilusiones; ellos ascendieron a la cumbre de su calvario después de sufrir la flagelación de todos los elementos que azotaron su cuerpo con extremados rigores.

Yo les he visto morir en las enfer-

migo, con el estrépito del arbusto sano y pomposo al que dan un hachazo en su raíz.

Cuando muere un soldado, los compañeros le hacen cortejo, el sacerdote le acompaña también, recitando las preces exequiales, se bendice la tierra en que han de separar sus restos y, cuando está cubierto tejen los soldados cruces y coronas de jaras, lentiscos y palmitos y rezan, en común, por el descanso eter-

y a quienes aun espera la madre, la esposa, los hijos, tal vez...; muchos que se les supone vivos, y por quienes no se reza; por el descanso de cuyas almas no se ofrecen sufragios.

Es preciso que todos acudamos a la reparación de esta injusticia

Multiplíquense, en buena hora los discursos enaltecendo las virtudes de los héroes anónimos; haya en cada pueblo un monumento al soldado desconocido; hinchén sus editoriales

